
Historias de Putas y la Justicia en la Biblia

(Cómo las apariencias, los prejuicios, los casilleros mentales, los estereotipos, los lugares comunes, las frases hechas y los clichés nos impiden ver la realidad, y reformar la Justicia).

Roberto G. MacLean U.

Miranda & Amado Abogados

A Chela, («Quién sabe por dónde andarás, quién sabe qué aventuras tendrás ... Qué lejos estás de mí»).

«Y Jesús les dijo: ... las prostitutas entrarán antes que ustedes en el reino de Dios ... porque esas prostitutas si creyeron. Pero ustedes, aunque vieron todo esto, no cambiaron de actitud». (Mateo 21, 31-32).

I). Introducción: La Exagerada Antigüedad atribuida, por puro prejuicio, a las Putas

«La (hora) del alba sería ...»
Miguel de Cervantes.

«Buscaba el amanecer, y el amanecer, no era. Buscó su perfil seguro, y encontró su sangre abierta».
F. García Lorca.

Es absolutamente falso y carente de todo fundamento, lo que repetidamente se afirma de la prostitución, entre hombres en todas partes, como si hubiera sido la profesión más antigua del mundo. Si entendemos por ello la dedicación habitual a cualquier actividad, las evidencias existentes apuntan decididamente en otras direcciones. Tanto la paleontología y la arqueología, como la antropología física, señalan la secuencia aproximada siguiente sobre las diversas actividades que a lo largo del último millón de años podríamos identificar como profesionales: primero, fueron los recolectores, luego los cazadores, a continuación los artistas, y muy de cerca los sacerdotes, poco después los pastores, los agricultores, los políticos, los arquitectos, los urbanistas y con los comerciantes, después de todos ellos, no hace quizás más de cuatro, o a lo mucho cinco mil años, que recién –simultáneamente con los guerreros armados– aparecen los primeros indicios de la existencia de prostitutas y prostitutos, vinculados a rituales mágicos o religiosos de algún tipo. Los significados, connotaciones y proyecciones de la prostitución original sagrada fueron, sin embargo, bastante diferentes –como veremos más adelante– de los actuales en quienes ejercen todavía esta maldita, infortunada y desdichada actividad que, por lo general,

se vincula con el sexo como si fuera la forma exclusiva y excluyente del placer; prejuicio éste, que se debe a nuestra manipulada ignorancia discriminatoria ya que, con propiedad, la prostitución se puede ejercer en todo el amplio espectro de cualquiera actividad en que, no sólo es posible sino lamentablemente frecuente, prostituirse, aunque con precios y apariencias diferentes. En esta ocasión, sin embargo, me voy a limitar a presentar a la prostitución relacionada con el trato sexual remunerado, en ocho historias bíblicas sorprendentes; que transcurren, desde el Libro del Génesis la primera, hasta la última que está en una de las Epístolas del Nuevo Testamento cristiano; más un apunte genealógico y una conclusión provisional.

II). La Incitación a la Prostitución con Normas Desconectadas de la Realidad: Tamar (Génesis 38)

«¡Ay de ustedes que dictan leyes injustas y publican decretos intolerables que no hacen justicia a los débiles!»
Isaías.

Tamar no fue propiamente una prostituta profesional, sino más bien una puta ocasional, empujada a empellones a la prostitución por el ordenamiento legal de su tiempo. La primera y última vez que ejerció este comercio, tuvo lugar después de haber estado casada, y luego enviudado, dos veces consecutivas. En su único encuentro sexual de este tipo salió embarazada, como era frecuente en las putas de entonces, y pasó el resto de su vida compartiendo el techo y el lecho con su único y sorprendido cliente, y sus hijos mellizos. ¿Cómo fue entonces, que una mujer así, resultó parada al costado de un camino en busca de un cliente; igual a como no



hace mucho tiempo mi mujer y yo vimos a una colega suya, con un vestido delator, parada junto al cruce de dos caminos en la soleada campiña de Toscana?

Con gran incomodidad, dada mi condición de jurista, que no me avergüenza sino que por el contrario me da lustre y orgullo, debo revelarles que el camino que la condujo de una prematura, triste y repetida viudez a la prostitución ocasional, estuvo en su caso como lo sigue estando, empedrado de leyes, órdenes, decretos, mandatos y, en este caso en especial, de costumbres centenarias que conforman lo que los abogados llamamos derecho consuetudinario, muy común en los pueblos de la antigüedad, en los pueblos primitivos y en los países menos desarrollados. También sigue vigente en el comercio internacional y en el mercado de valores, modernos. Este derecho de costumbres siguió viviendo mucho después de Tamar. Lo hicieron recorrer a lomo de caballo a través de las inmensas estepas del Asia Central, desde las inhóspitas llanuras de Mongolia hasta casi el centro de Europa; y más allá, hasta Persia, India y China, con las huestes de Genghis Khan, como antes con los bárbaros, los vándalos, godos, hunos, celtas, vikingos; en las sábanas de África meridional; y, ya en el Siglo XII de la era común, en lo que hoy conocemos como el «Common Law» de los pueblos anglo-sajones, que también vinieron originalmente de más allá del Danubio, detrás del Mar Negro y de las montañas del Cáucaso, desde el viento mismo de la estepa que se confundía con las crines agitadas de sus cabalgaduras.

En la época de Tamar, sin embargo, el derecho consuetudinario que la afectaba había sido manipulado, y la sometía, reducía y, en cierta forma, la esclavizaba al padre, al marido, o al hijo. Era el Derecho del Imperio Mesopotámico, mezclado con costumbres egipcias. He tomado el tiempo necesario para, leer, releer, y volver a leer de atrás para adelante las traducciones del Código de Hammurabi, y encontrar los antecedentes legislativos de la situación en que ella se vio atrapada; porque si bien Hammurabi vivió un poco después que Tamar, su Código recopiló no sólo las leyes de Urnamú, considerado el verdadero primer legislador del mundo, y anterior a Tamar, sino además otros decretos de la región. Ninguna de las normas que estudié, y analicé una y otra vez, cubrían la situación en que Tamar se vio envuelta. En la Biblia recién figura después, en el Deuteronomio 25, 5, ya como norma escrita. Pero su historia, y otras parecidas, no son únicas. Por toda la Biblia se repiten con otros rostros y otras facciones, y encajan a la perfección con lo que podríamos describir, con cierta seriedad formal, como la condición legal de la mujer durante la era de los Patriarcas bíblicos, desde Abraham a Jacob, que fue padre de doce hijos hombres

—y de una sola mujer—, multiplicados en doce tribus, luego en un pueblo, y finalmente en una nación que marcó, con el fuego inextinguible de una zarza ardiente, a toda la civilización dentro de la que todavía respiramos la mayor parte del tiempo en más de la mitad del planeta. Tamar fue primero, nieta política de Jacob por partida doble, y, después de un confuso enredo, una de sus nueras.

Pasado el periodo del apogeo matriarcal en la pre-historia errante de los recolectores, cazadores y pastores; y ya enraizados en la agricultura definitiva, en la alfarería y en los agrupamientos urbanos en que, en la mayoría de ellos, el liderazgo matriarcal fue desplazado por el del varón, la mujer ya no pudo tener por sí sola propiedades, ni casi nunca contraer obligaciones sin la autorización de su marido. En lo demás de la vida comunal, la mujer valía la mitad que un hombre. Tamar nació y creció dentro de este contexto cultural. Éste y sus circunstancias fueron su leche materna, su ajuar, y su perfume nupcial. Cualquier conjetura sobre su noche de bodas es sólo una presunción gratuita y sin corroboración; pero el hecho escueto es, que Er, su marido, murió poco después de la boda. Luego, siguiendo la costumbre inmemorial, Judá el suegro de Tamar le dijo a su segundo hijo: «únete a la viuda de tu hermano y cumple así con tu deber de cuñado, para que tu hermano pueda tener descendientes por medio de ti» (Génesis 38,8). No obstante los pocos detalles que conocemos sobre su segunda luna de miel, el hecho es que poco tiempo después, también el segundo esposo murió sin dejar descendencia. Como el tercer hijo era todavía demasiado joven para contraer matrimonio —y el suegro de Tamar ya estaba intranquilo, por el imaginado impacto en sus dos hijos, de los encantos de su dos veces nuera—, la devolvió a la casa paterna hasta que el infante, su tercer y último hijo, alcanzara la pubertad y sintiera el fuego diferente, incontrolable e imperativo que lo obligara a buscar una pareja. El tercer hijo de Judá, un joven que crecía en años y musculatura, maduraba ya como adolescente; pero el suegro no decía una sola palabra sobre contraer matrimonio. La razón legal consuetudinaria de este entrampamiento de Tamar, como se ha dicho, es que la mujer no podía tener propiedades, y las que le hubiera podido corresponder por sus dos maridos difuntos y sin descendencia, iban a pasar a otras manos, quizás hasta fuera del clan familiar de Judá, su suegro.

Fue dentro de estas circunstancias en que, al enterarse de que su suegro iba a viajar para trasquilar sus ovejas, a un pueblo vecino al de donde ella vivía, decidió quitarse el vestido de viuda, cubrirse con un velo, como las prostitutas para no ser reconocida, y sentarse a la vera del camino en las tierras de Israel.

Lo que siguió a continuación pudo muy bien haber servido de inspiración a la divertida opereta de Johan Strauss «El Murciélagos». Aunque es sólo una posibilidad el que Tamar haya sido hermosa o ardiente, no cabe la menor duda que fue muy inteligente, con mucho coraje y un temple de acero para correr el riesgo que corrió y por el que estuvo al borde mismo de morir ajusticiada en la hoguera. Se salvó, no por un pelo sino apenas por una pestaña delgadita como el aliento de un ruisecillo oriental. El diálogo que se produjo entre Tamar, disfrazada, y su suegro Judá tuvo extraordinario parecido al de la baronesa de la opereta de Strauss, escondida detrás de un antifaz y el barón su esposo, quien no la reconoció durante la fastuosa fiesta del ficticio príncipe anfitrión. Sin perder un minuto —y sin saber quién era— Judá, su suegro, le propuso directamente ir a acostarse juntos. La pícaro Tamar le preguntó qué cosa le iba a dar por acostarse con ella, y él, sin demasiada largueza, le ofreció uno de los cabritos de su rebaño, que Tamar aceptó, no sin antes haberle pedido una prenda hasta que después de pasar la noche Judá enviase el cabrito. Se acostaron y Tamar quedó embarazada. Cuando en la tarde del día siguiente Judá envió el cabrito prometido, la prostituta que estaba junto al camino ya se había esfumado sin dejar huellas, y desaparecido para siempre.

Tres meses después de esta ocurrencia, le contaron a Judá que su nuera estaba embarazada; entonces, con autoridad, firmeza varonil, indoblegable carácter, con ejemplar respeto por las normas consuetudinarias, con sentido justiciero y honestidad, decretó sin la menor hesitación: «¡Sáquenla y quémennla!» En aquel momento, sin pestañear y con la frialdad calculadora de un curtido jugador profesional de naipes, Tamar les dijo a los que iban a ajusticiarla: «El dueño de estas cosas es el que me dejó embarazada», y puso a la vista de todos el cordón y el bastón personales de Judá su suegro, que le había dejado en prenda por el pago del romance de una noche de verano en Israel. La historia tuvo un final feliz con el nacimiento de los dos hermosos mellizos Fares y Zara; y nos da la oportunidad de reflexionar con preocupación, sobre cómo normas legales insensatas, desconectadas de la realidad, pueden empujar a personas normales a cometer locuras desesperadas, pero explicables y prácticas; y destruir, sin miramientos, espléndidos castillos teóricos conceptuales y monumentos construidos en el aire de los prejuicios, para demolerlos con la desobediencia guiada por el mandato imperioso de los instintos limpios, transparentes, dignos y respetuosos de otros instintos; y de los intereses legítimos que ellos originan. Esto, o algo muy parecido a esto, es lo que ocurre en el Perú de hoy, y —en mayor o menor grado— en prácticamente todo el mundo en desarrollo en el que, según el Banco Mundial, el Instituto Libertad y

Democracia, el Grupo Apoyo, y muchos economistas nacionales y extranjeros, señalan, que representa alrededor del 60% del PBI, resultado directo de la desobediencia a las leyes en términos muy parecidos, en esencia, a la desobediencia cívica de Tamar. El promedio de vigencia social real de las leyes en el Perú de hoy es sólo de alrededor el 50% de la población. Hay algo más inesperado y sorprendente en esta historia, pero lo voy a dejar para otra ocasión.

III). La Primera Prohibición Legislativa de la Prostitución: La Ineficiencia Social de las Leyes (Deuteronomio 23, 17)

«La ley es sólo una sombra ...
y no la realidad misma».
El Apóstol Pablo.

En el Libro del Deuteronomio quedó confirmado el establecimiento de un ordenamiento legal que durante cuarenta años de peregrinación por el desierto en los que, la dura disciplina de la sequedad, del frío nocturno, del hambre, de la sed, del calor agobiador del mediodía, de las equivocaciones que obligaron a humillarse para enmendar el rumbo de la desesperanza y del miedo, dominados con entereza, convirtieron a un pueblo fugitivo, una muchedumbre diseminada, en una nación guiada por estrellas nocturnas, y en una extraordinaria civilización invisible que, aunque no se vea u oiga, y aunque no la toquemos, la degustemos u olamos —aunque ni siquiera creamos en ella— sigue esparciendo fragancias en la brisa entre los pinos, y sobre las colinas, en las flores de los pequeños jardines, y en la tristeza sin palabras que se adhiere a los muros sombríos de Auschwitz y de otros lugares parecidos.

Fue en esa época que Moisés, el iracundo e inspirado primer legislador judío, dio su decreto inapelable que: «Ningún hombre ni ninguna mujer israelita deberá consagrarse a la prostitución practicada en cultos paganos». El texto es claro, breve, simple y muy fácil de entender; pero la historia detrás de él es mucho más antigua y compleja de lo que parece a primera vista.

Como las propias leyes que la prohibieran, como el teatro y la danza, como la poesía, y como los juegos olímpicos, la prostitución también brotó de los ritos misteriosos, de las liturgias de la incógnita en las religiones, y se desarrolló a la sombra de los Templos en Creta, Micenas, Mesopotamia, Egipto, Grecia, y el Reino de los Hititas; vinculada al asombro por la vida y al deslumbramiento por la maravilla inexplicable de la fertilidad interminable de las especies. Todavía es hoy posible percibir este asombro y deslumbramiento no sólo en el significado profundo de la festividad cristiana



de la Navidad, sino también en contextos aparentemente lejanos o exóticos, como en el Hotel Hilton de Bangkok, en un santuario ancestral oculto en sus jardines posteriores, detrás de una gruesa pared de tallos de bambú, que el Hotel tuvo que respetar al adquirir el terreno, y al que diariamente acuden devotos que siguen añadiendo nuevos penes, falos, miembros viriles masculinos, que ya son cientos o miles que se yerguen enhiestos en piedra, mármol, madera, yeso; en todos los tamaños y formas; y al que un flujo constante de visitantes piadosos acude en homenaje, súplica, agradecimiento u oración. Treinta mil años atrás, el culto apareció con otras formas que cubrían el mismo asombro, la misma inexplicable perplejidad ante el milagro cotidiano y doméstico, rutinario e interminable, de cada nueva vida que abre los ojos bajo el cielo. En el paleolítico, y más acentuadamente durante el neolítico magdaleniense, el asombro por el nacimiento de la vida, fijó los ojos y su atención en la silueta corpulenta de la mujer de la última era glacial; y la talló en hueso o piedra; con formas toscas, rollizas y gruesas, de rudimentaria belleza, con caderas inmensas y enormes pechos abultados. Quizás las tallas no nos parezcan hoy tan hermosas a nuestros ojos desacostumbrados, pero ya fue para el hombre de entonces puro arte, puro desconcierto enamorado, puro balbuceo de artesano ingenuo porque llevaba escondido el homenaje de gratitud a la maternidad de donde viene el ser humano, y hacia donde se proyecta cómplice de sus más altos sueños.

Durante los siguientes dos mil años, la obsesión del artista primitivo se focalizó y centró principalmente en la figura femenina, en el misterio que la rodea, y en la vida que surge de sus entrañas. No tardó mucho tiempo, sin embargo, antes de que este asombro se transforme en intentos de articularlo o explicarlo; de aquí a transformarlo en la imaginación de mitos, leyendas y nacer de estos una población de diosas, no fue sino un paso; tanto en Creta como en todo el Medio Oriente y Grecia. Entre estas divinidades femeninas se cuentan, nuestras más conocidas Hera, Atena, Diana y, por supuesto Afrodita, la Venus Romana. Alrededor de ellas y, particularmente de esta última, se entrelaza como parte de su culto, el acto sexual repetido como oración cotidiana, como rito, como solemnidad y liturgia del milagro de la vida, y, con todos ellos, la prostitución no sólo femenina sino también masculina.

Pero, Moisés ya vislumbra con claridad, que detrás de la fertilidad deliciosa y exquisita, detrás del embrión de vida, se asoman otros misterios inquietantes, otras desazones, otros inexplicables desasosiegos, desorientaciones, dudas, dilaciones e indecisiones, que no tenían nombre todavía, pero que originaban simultáneamente una incomprensible certeza interior

profunda que se irradia más allá del horizonte y que, de algún modo, hizo de la prostitución, sagrada o no, algo incongruo, incompatible y a contramarcha de la felicidad verdadera. La fuente inicial de vida que la despertó y la hizo andar, se desdibujó, perdió contornos y la confundió con otras fuerzas y fuegos equivocados. Los cambios en las culturas bajo sombras autoritarias, son mucho más lentas que la rapidez del pensamiento alado de los legisladores del subdesarrollo, y Moisés puso palabras a sus ideas y les añadió una grave amenaza correctiva en el reverso, que estampó en el libro de Deuteronomio 23, 17 con las palabras que hemos citado: «Ningún hombre ni ninguna mujer israelita deberá consagrarse a la prostitución practicada en cultos paganos». Fuera de las tiendas de campaña en el desierto, sin embargo, en el sopor de la tarde, o en las noches frías y solitarias, la vigencia social de la prostitución no desapareció; y perdura todavía como explotación y comercio abusivos, como vergüenza y lacra de la pobreza ignorante de la que todos somos culpables en cuotas ciudadanas. Pero, no es éste el final del camino, en el que nos queda todavía mucho por andar, y mucho por qué luchar, en silencio.

IV). **Cómo una Gran Puta puede llegar a ser Justa y Valiente: Rahab (Josué 2 y 6, 22-25)**

«¿Hizo el amor por ventura a ningún pecho cobarde?»

Miguel de Cervantes.

La fama alcanzada por Rahab en la posteridad, haría poner verde de envidia no sólo a cualquier otra valiente puta sino también a cualquier juez o jurista actuales o pasados, en cualquier país del mundo. Ninguna otra, ni otro, la igualan, ni de cerca. El apóstol Santiago, primer sucesor temporal de Jesús de Nazaret, aún antes de Pedro, en su Epístola 2, 25 declara, nada menos, que «Dios la aceptó como justa por sus hechos»; y Pablo, el apóstol de los gentiles, en su epístola a los Hebreos 11, 31 dice también –más de mil años después de su muerte– «por fe, Rahab, la prostituta, no murió con los desobedientes». ¡Qué tal reconocimiento de la posteridad! y ¡bien merecido! porque se jugó la vida, sin titubeos, por sus convicciones. Quién sabe, si también se debe a ella la vinculación de las prostitutas con el color rojo –«zona roja», «barrio rojo», o el farol rojo como símbolo de identificación del oficio de putas en el umbral de los burdeles del mundo. Los espías enviados por Josué, que ella protegió arriesgando su vida, porque creyó adivinar en ellos la voz de Dios, le dieron la señal para salvar su vida y la de sus familiares: «cuando entremos en el país, tú deberás colgar esta soga roja de la ventana por la que nos has hecho bajar... y si alguien toca a quién esté en tu casa contigo, nosotros seremos los responsables» (Josué 2, 18-19).

La batalla en cuyos resultados estuvo involucrada Rahab, como parte del servicio de inteligencia y espionaje Israelí, fue la más grande y más famosa que se produjo durante la invasión de la Tierra Prometida, después de haber cruzado vadeando las fuerzas de ocupación, las aguas del río Jordán, como antes Moisés las del Mar Rojo. La caída de la ciudad y fortaleza de Jericó, ocurrió en medio del sonido estruendoso de trompetas, y se ha prolongado por miles de años en el espíritu de los creyentes. Son incontables los himnos religiosos, los «spirituals» del sur norteamericano, los cantos «soul» que conmemoran y celebran por siglos sin fin, esta batalla; así como poemas escritos cantando la victoria.

V). El Primer Juez Hijo de Puta: Jefté; y el Primer Juez Putaño: Sansón (Jueces 11 y 12: 1-7)

«... Somos hijas de pobres pescadores,
esas que llaman “blancas olas que corren
a su ruina al caer sobre la playa”, cada noche
una unión distinta y ninguna duradera,
no hay promesas ciertas,

malhaya sea nuestra
suerte,
¿qué hicimos en nuestras
vidas pasadas para
merecer esto?»
Matsuo Basho.

Se trata, efectivamente, del hijo de una prostituta. Sin embargo, la historia no tiene nada de insultante, denigrante o discriminatoria. Todo lo contrario, ciertos rasgos de Jefté, el juez en mención, pueden compararse de igual a igual, con los de Sócrates; y la gigante dimensión moral de su tragedia, con la de Agamenón e Ífigenia.

Su infancia, como es fácil de imaginar, no fue precisamente feliz. En algún momento, presumiblemente en la adolescencia, huye de su casa y se une a una pandilla de desadaptados que se dedican a cometer fechorías.

Su fama como depredador, debe haberse propagado por la comarca como una versión temprana y lejana de un «Billy the Kid», aunque con mayor inteligencia y, por eso, con mayor fortuna. El hecho es que los pobladores de la zona, amenazados por invasiones y peligros foráneos –y a falta de una mejor opción–, lo buscan para pedirle que se convierta en su líder y juez.

En ese momento, las grandes civilizaciones vecinas –Sumerio-acadio-babilónica y Egipto– habían desarrollado sistemas de justicia relativamente complejos. Pero en Israel la situación era distinta. Las tribus de Jacob eran un pueblo «sub-desarrollado» frente a su entorno. Los conflictos surgidos en el periodo comprendido en el Libro del Génesis (2200 a 1800 A.C.), son todos resueltos mediante trato directo, salvo dos de ellos en que se hace uso de la fuerza a mano propia. Al producirse el gran Éxodo de Egipto (1446 A.C.) y al iniciarse el peregrinaje por el desierto, el líder asume el papel de Juez (Éxodo 18) –como en nuestros días ocurre todavía muchas veces en Guatemala, Indonesia, Albania o la nación Zulú en Sudáfrica– y después, debido al volumen excesivo de causas –como ocurre hoy en China con 360 millones, India con 50 millones y Lima-Perú con 1 millón de causas atrasadas– se produce la primera reforma del sistema de justicia en la que se instituye un cuerpo numeroso de jueces permanentes. A la muerte de Moisés, los jueces, con sus pueblos, cruzan el río Jordán y se establecen y organizan en el nuevo territorio. Después de concluida

la invasión, y durante más de tres siglos, (1375 a 1050 A.C.) Israel es gobernada por los jueces.

Pero la imagen de los jueces en esos azarosos siglos no sería fácilmente reconocible para los habitantes del Siglo XXI. Los jueces eran, en realidad, magistrados por horas o a tiempo parcial. El resto de su importante trabajo era político y militar. El juez había asumido adicionalmente la función de líder.

Es así que Jefté, nuestro héroe, en un momento de apurado apremio en que la misma existencia de su pueblo está en peligro, sin sufrir coerción alguna, pero sin medir cabalmente las inesperadas consecuencias que podía traer su acto, hace una promesa solemne que, con la claridad moral de Sócrates en el cumplimiento de la Ley, y con las terribles consecuencias que Sófocles describe para Agamenón, lo lleva a tener que matar a su propia y única hija.

No hay muchos jueces de su estatura moral que se puede encontrar en la historia humana; aunque algunos de sus contemporáneos, como Deborah –la primera juez mujer– y el valiente Gedeón, también fueron notables. Sin embargo, nadie los recuerda en nuestros días, cayeron en el olvido total. De los jueces de esa etapa, toda la fama se la llevó, injustificadamente,

***“Los jueces eran,
en realidad
magistrados a
tiempo parcial.
El resto de su
importante trabajo
era político y
militar”***



Sansón (Jueces 13 a 16). Este fue quizás, el primer triunfo del sensacionalismo desmedido. Saint-Saens compuso inspirado en su historia una bellísima ópera; Hollywood produjo por lo menos un filme, protagonizado por Víctor Mature; debe haber decenas de gimnasios en Manila, Cairo, Dublin, Toronto o Panamá que lleven su nombre; y hasta, quizá, vitaminas, productos alimenticios y hasta posiblemente prendas de vestir. Sansón, nació realmente bendecido por Dios, y dotado de una fuerza física excepcional. Sus padres lo consagraron desde muy joven como Nazareo al servicio divino, y fue luego ungido Juez. Hasta aquí la historia es admirable. Pero en todo lo demás, Sansón fue conflictivo, estúpido, bruto a lo bestia, putañero y promiscuo. Tan pronto como ganaba una batalla, lo primero que se le ocurría para celebrarlo, era irse de putas. Como era de esperarse, su conducta lo llevó a perder primero a su esposa, luego a distanciarse de su familia, a perder su extraordinaria fuerza, su vista y, finalmente, hasta la propia vida. La comparación entre Jefe y Sansón es elocuente sobre los engaños de la fama y el éxito de cualquier tipo. No necesita de argumentos adicionales. Sansón terminó echando por tierra y poniendo fin, para siempre, después del Juez ladrón Micaías, el gobierno de los jueces en Israel.

Después de todo esto, y pensándolo bien, ser un hijo de puta no es un mal comienzo para llegar a ser un gran Juez. La afirmación queda reforzada en el sustento que, de acuerdo al Libro del Génesis, recién cuando el ser humano toma conciencia de que sus días en La Tierra están contados, y sellados con la impronta indeleble del esfuerzo, el sudor y el sufrimiento; y de que todo su trabajo no hace sino precipitarlo, finalmente, a ser sólo polvo («cenizas, humo, nada»); recién entonces, es que el hombre «Se ha hecho Juez de lo bueno y de lo malo» (Génesis 3:22). Si además, con el tiempo (y «por ventura»), en sus andanzas por la vida, y los caminos del mundo, entre aeropuertos y bibliotecas; discotecas y expedientes, restaurantes y noches de luna (o «entre las ollas y los pucheros» como diría Teresa de Ávila), llegara, «a extender su mano y tomar del Árbol de la Vida, pues viviría para siempre» (Génesis 3:23)... No está del todo mal. ¿No?

VI). El Primer Pleito de Putas ante un Juez: el famoso fallo del rey Salomón (1 Reyes 3, 16)

«Desde el fondo de ti ... un niño triste
como yo, nos mira ...
Por sus ojos abiertos en la tierra,
veré en los tuyos lágrimas un día».
Pablo Neruda.

El fallo judicial más famoso en todo el mundo antiguo, con todo derecho, y seguido a muy buena

distancia por el juicio de Friné, fue el que pronunció el sabio Rey Salomón en la enconada disputa entre dos ramerías que reclamaban la maternidad de un mismo hijo, apenas de pocos días de nacido. Fue un fallo notable, entre otras muchas razones, porque el juez dirimió la contienda sin citar ni una sola norma del ordenamiento legal mosaico, ni un solo precedente, y sin mencionar una sola opinión erudita y autorizada de algún levita o sacerdote juristas. Resolvió el problema a puro pulso, como los jueces de verdad, como los jueces de paz en el Perú; con pura intuición del instinto que guía a todos los mejores jueces, abogados, juristas y legisladores del mundo pasado o actual. Tanto sus contemporáneos, como la posteridad de tres civilizaciones lo han reconocido y consagrado como el paradigma y modelo de lo que debe ser la Justicia de todos los tiempos. Sin embargo, y con todo lo sabio que fue su fallo judicial, éste no ha sido descifrado totalmente.

Jesús de Nazaret ya tuvo la desapercibida lucidez de distinguir mejor las cosas, ponerlas en su lugar, y llamar la atención sobre el hecho de que, aún el Rey Salomón en toda su pompa, esplendor y poder, no alcanzó ni podría haber alcanzado nunca la genuina verdad simple de las flores de campo. Y es que hay algo que está incompleto. Un elemento de nuestro corazón que no participa del todo hasta el día de hoy en esta hermosa historia. Porque con toda la espléndida sabiduría del famosísimo fallo que zanjó este pleito de putas, difícilmente podría o pudo haber sorprendido a nadie sensato, ayer u hoy, esta inmensa sabiduría o esta ciencia cultivada. Casi podría decirse que lo que hubiera sorprendido, sería más bien lo contrario; ya que, dadas sus circunstancias personales, Salomón no podría o debería llegar nunca a pronunciar un mal fallo o una solución injusta. Su padre había sido un rey verdaderamente extraordinario, apuesto, arrojado, esforzado, modesto, honesto, generoso, leal, músico, poeta, y valiente al extremo de ser humilde para pedir perdón las varias veces que cometió errores enormes. Su madre había sido, antes de casarse en segundas nupcias con el Rey, la viuda de un general importante y valiente. Su educación, en aquella época, fue lo que sería el equivalente actual de haber estudiado en Cambridge, Oxford, Harvard, Yale, New York, La Sorbona o Salamanca. Salomón fue un verdadero privilegiado, que hizo uso y aprovechó espléndidamente de sus privilegios para servir al pueblo. Fue un exitoso gobernante en todos los aspectos, y también logró el período de paz más largo del que haya gozado nunca el pueblo de Israel, en toda su historia. Fue un pensador reflexivo, autor de más de mil proverbios. Se le atribuye haber escrito el más serio y profundo libro de la Biblia: El Eclesiastés. Escribió –según dicen– el poema de amor más hermoso de los de toda la antigüedad, y despertó la admiración de todos los que lo conocieron. Su fama

fue tan extendida, y tan difundida más allá de sus fronteras, que una reina del lejano país de Saba –hoy día Yemen– viajó con una caravana legendaria para rendirle homenaje, y conversar con él. Pero, hasta aquí la historia no tiene nada de notable particularmente. Es un éxito anticipado, predecible y rutinario más; totalmente esperado y que no merecería levantar ni una de nuestras dos cejas. Se le podría aplicar a él la historia del criado a que se refiere el evangelio de Lucas 17, 7-10: «Cuando hayan hecho todo lo que ha sido mandado digan: Somos siervos inútiles, hemos hecho lo que debíamos hacer».

Pero dentro de esta historia hay otra historia invisible y extraordinaria, que si no la tomamos en cuenta es sólo por nuestros prejuicios autoritarios y machistas; pues hasta el día de hoy es un ejemplo ético de civismo y de la estructura anónima interior de la responsabilidad ciudadana. Hay que estar adormecido o atontado culturalmente para no apreciarla, destacarla y ensalzarla como merece. La disputa en este primer pleito judicial de putas, no fue sobre el macho o el cabrón, ni por una joya, un manto lujoso, o un vestido bonito y elegante; ni fue tampoco por un cliente importante y adinerado. Fue por el privilegio inusitado de ascender a la rancia estirpe milenaria de las lágrimas; por llegar a ser parte de la más alta alcornia de la abnegación, por integrar la irrenunciable aristocracia del sacrificio, por tener las venas gastadas por el torrente caudaloso de la sangre, ya azul por el viento helado de la intemperie, y sufrir en silencio la abnegación sin reconocimiento, como una rama ancestral cualquiera del árbol genealógico de la estrechez y la más esclarecida pobreza desapercibida; y por ser finalmente, coronadas con el excelso honor de la indiferencia, condecoradas con la Gran Cruz del olvido y, con un poco más de suerte, también recibir la extraordinaria distinción académica de la ingratitud eterna y el anonimato inmortal. Adquirieron así, sin embargo, y sin pensarlo, la irresistible belleza, el atractivo, y el encanto immaculado, y el «sex appeal» de la tristeza que ha vencido ya la lástima de sí misma, y ha derrotado para siempre al desengaño y la desilusión porque, parafraseando las palabras de Juan Ramón Jiménez, la vida ya las ha hechizado, de una vez por todas, y para siempre, con su magia ilógica e incomprensible.

Por sólo eso, y por ninguna otra cosa, es que se pelearon con ferocidad enloquecida este par de pobres y tristes putas. Podrían haber dejado a sus hijos abandonados en alguna puerta opulenta. O, en la actualidad, podrían haberlos prevenido de mil maneras que serían explicables o comprensibles; o haberlos abortado, lo que es un difícil dilema ético para quienes no tienen qué comer. Y, sin embargo, a pesar de todo, ellas decidieron seguir adelante, y recurrir si era

necesario hasta al propio rey, juez supremo del país, como lo hicieron ya desesperadas, para luchar por solamente asumir responsabilidades y trabajos no solicitados, ni remunerados. Por el puro deber enamorado. Frente a ésta, su extraordinaria talla anónima, invisible y no reconocida, cabe parafrasear a Jesús en la frase que citamos más arriba: Ni aún Salomón con todo el esplendor de su poder, y su sabiduría jurídica, pudo haber alcanzado la gigantesca dimensión interior y ciudadana, de este par de putas heroicas, ni haber desplegado su envergadura ética, que pueden ambas servir de modelo cívico y político de los deberes que debemos asumir hoy los ciudadanos como miembros de la comunidad en que vivimos, en especial, las de los países del tercer mundo en desarrollo, en las que millones de niños nacen, crecen, viven y mueren en la miseria y el abandono irresponsables.

VII). El Cancionero Popular como Reflejo de la Injusta Sanción Jurídico-Social a las Putas (El Libro del Profeta Isaías 23, 16)

«Por el amor de una mujer...»
Canción popular.

Dos mil ochocientos años antes de que Mario Cavagnaro escribiera la letra y música de su popular valse criollo «Yo la quería patita ... aunque digan que no es buena»; que Agustín Lara compusiera el bolero «Noche de Ronda»; que Santos Discépolo escribiera la música y letra del tango «Esta noche me emborracho»; antes de que nadie escuchara la canción «Memories» de la comedia musical «Cats», de Andrew Lloyd Weber, y de cientos o miles más de canciones sobre el mismo tema, de la puta que se fue dejando a quien la quería bien, por ir en busca de sabe Dios qué metas trastocadas o confundidas, el profeta Isaías, uno de los más grandes entre los líderes intelectuales de Israel en la antigüedad, utilizando un nuevo recurso pedagógico jurídico, cívico, y social, consideró conveniente ensayar como material de enseñanza y metodología experimental, una canción popular. Se trata de una de las dos únicas citadas en la Biblia. La otra, dicho sea de paso, fue la primera canción protesta en tiempos del Rey Saúl, quien después de un buen comienzo se había vuelto inepto y corrupto. La canción despertó los celos del rey en contra de David y éste tuvo que escapar para salvar la vida tirando a un lado, literalmente, el arpa que tocaba, y salir corriendo. La otra canción, la que cita Isaías, sirve de ilustración al tema de las consecuencias predecibles para quienes pierden el sentido de la proporción en los valores y en las cosas de la vida; para quienes se desconectan de las jerarquías profundas del instinto, de los intereses civilizados, y, desorientados, confunden los caminos, las soluciones y las decisiones finales. La relevancia de esta canción a la realidad coyuntural es la de una



advertencia específica a la espléndida y próspera ciudad de Tiro, centro del voluminoso intercambio comercial, marítimo y terrestre de los fenicios; pero, resulta aplicable por extensión a cualquier otra cosa; incluidos nosotros mismos. Dice así: «Prostituta olvidada, toma tu arpa, recorre la ciudad, toca buena música, entona muchos cantos, a ver si se acuerdan de ti». Lo implícito en la letra de esta canción es patético, y desoladoramente triste.

Quién hubiera dicho entonces que más de dos mil años después –alrededor del año 1910 de la era común– en medio del fragor de una guerra civil revolucionaria que causó más de un millón de muertos, y en un país de acentuada cultura machista y violenta, entre las balas y los muertos, alguien con un fusil en la mano pudiera haber escrito y entonado una canción así: «Si Adelita se fuera con otro, la seguiría por tierra y por mar; si por mar en un buque de guerra, si por tierra en un tren militar». Este corrido de la revolución mexicana ya es amor puro de verdad; el que perdona, y olvida; el que perdura hasta la muerte; aún entre el olor de la pólvora, de los orines, y del sudor de los caballos. Otra canción mexicana, pero varios años posterior a la revolución, canta también al amor que se va hacia «otros mares de locura» y le dice: «Cuando la luz del sol se esté apagando y te sientas cansada de vagar, piensa que yo por ti estaré esperando hasta que tú decidas regresar». Es lo mismo que lo que el Juez de Barataria, Don Sancho Panza de la Mancha, repitiendo las palabras usadas por su empleador –que éste decía repitiéndolas sin entender– dijo en una ocasión: «Cuando la Justicia pueda estar en duda tiene que transformarse en misericordia», que es otra de las caras del amor. De alguna forma, estas líneas empalman perfectamente con la historia siguiente de Oseas y Gomer, la mejor puta de Jerusalem en esa época.

VIII). Qué significa el amor por una Puta: Oseas, Gomer, y lo que se necesita para reformar la Justicia (El Libro del Profeta Oseas)

«Si no me hubieran dicho qué era el amor, hubiera pensado que era una espada».
Atribuido a Jorge Luis Borges.

De primera impresión, esta historia podría parecerse a la de Paul Gaugin y su puta javanesa en las Islas Marquesas; pero es más bonita, más profunda y de un amor más valiente. Las circunstancias que

rodearon el desconcertante amor del profeta Oseas por Gomer fueron las menos propicias y las más difíciles que se puedan imaginar para cualquier amor terrenal. Las historias de Píramo y Tisbe, Eros y Psiquis, Polifemo y Galatea, Dafnes y Cloe, aún la trágica relación de Romeo y Julieta, y la maldita entre Abelardo y Eloisa, son todas ellas historias del amor adolescente, púber, núbil e ilusionado. El de Oseas, es el amor en serio: la reflexión, la conciencia y la voluntad de hierro indestructibles y enamoradas, con los dos pies plantados firmes en el barro de la realidad en que nos ha tocado vivir, para bien o para mal.

Dios, entonces, le anunció a Oseas: Israel se ha prostituido y le ha sido infiel a su Dios; se ha comportado como una amante adúltera que ha cambiado el amor por el dinero y el lujo. Después de este anuncio, le ordenó: cástate con una prostituta, como lo es Israel; y ten hijos con ella, así serán ellos, unos hijos de puta.

“El de Oseas, es el amor en serio: la reflexión, la conciencia y la voluntad de hierro indestructibles y enamorados(...)”

Oseas, obedeciendo a las voces interiores, se casó con Gomer, la gran puta de la localidad, y tuvo tres hijos con ella; un niño, Jezreel, una niña Lo-ruhama, y otro niño, Loami; nombres los tres que estaban relacionados a hechos históricos de la infidelidad religiosa del pueblo de Israel. El amor de Oseas por la puta Gomer, que quede en claro, no fue el amor de un cabrón violento y vividor, sino el de un hombre recio con una dulzura profunda que se refleja en los versos del capítulo 2, versículo 14 del Libro de Oseas que dicen,

como una lección de amor y de perdón: «Yo la voy a enamorar; la llevaré al desierto y le hablaré al corazón».

Hay que seguir más en serio por ese camino, que es además, una historia reversible hacia adentro de la vida interior, y hacia afuera de la vida pública ciudadana. La circunstancia en que le tocó vivir a Oseas fue la del siglo octavo antes de la era común. Israel, el reino del norte ya separado del de Judá, vivía bajo gobernantes corruptos, déspotas y tiránicos, jueces corruptos y abusivos, sacerdotes frívolos y desatendidos de los grandes problemas éticos de su tiempo. Los ciudadanos comunes sentían una total indiferencia por todo lo que pasaba a su alrededor en tanto que no los afectara de cerca, personalmente y a corto plazo. Todo esto a pesar de que la invasión, la ocupación, el exilio y la esclavitud del pueblo de Israel, ya asomaban el hocico a la vuelta de la esquina, sobre los muros y las torres almenadas de Jerusalem. Oseas pudo excusarse; pudo decir que no era el momento adecuado para su intervención comprometida; que todo había llegado al límite; que

eso no lo componía nadie ni en doscientos años, que era un país de mediocres, que la realidad de Israel no era la de Egipto, Persia, Grecia, donde sí se podía hacer muchas cosas, eso y muchas otras cosas más; pero que no en Israel. Y sin embargo, sin nada que ganar pero mucho que perder, y sólo de puro enamorado, dijo: ¡Sí! ¡Aquí estoy!, con sólo mi corazón en el pecho.

IX). Jesús de Nazaret: El rostro oculto del deseo en la invisible soledad de la mujer samaritana, como cuestión judicial sobre hechos (Juan 4)

«April is the cruellest month ... mixing
memory and desire».
T.S. Elliot.

No es que haya nada de malo con el sexo; ni con la fiebre incendiaria del deseo irrefrenable encaminado hacia el cuerpo desnudo de una persona que amamos. Por lo contrario, el sexo puede ser bueno para descargar o aliviar tensiones, consolar con su calor abrigado y ayudar a dormir bien. Pero el problema comienza recién cuando el sexo y el deseo, o viceversa, empiezan a convertirse en substitutos, sucedáneos o reemplazos de la vida real; del sufrimiento, de los tormentos del amor, y de la incertidumbre que causa; es decir, el sexo como un repuesto provisional y temporal para un corto trecho del largo camino hacia el norte de nuestros sueños; o como el plástico, las fibras sintéticas, la música electrónica o el «hada cibernética», que, con todo lo maravillosos y útiles que son, si no fuera por los seres humanos normales, comunes y corrientes que los manejan no servirían de nada. Y ése es, además de otros motivos más graves, lo que constituye la distracción oculta, el engaño provocado con una invitación, la equivocación fingida del sexo y del deseo, cuando están disfrazados de prostitutas o prostitutos a sueldo. En estas historias, ya hemos visto cómo en sus apariciones más tempranas, la prostitución estuvo vinculada con la fecundidad creadora de la vida, en mayor o igual intensidad que con el exquisito placer que acompaña casi siempre la unión sexual. Luego vimos cómo Tamar fue precipitada a este engaño sexual por el absurdo y discriminatorio ordenamiento legal consuetudinario que regía en su comunidad; como Sansón se embruteció entre putas, aventureras sexuales y «call girls»; y cómo Oseas, en contra de todo lo que pudiera haber sido predecible en un profeta, sintió en su corazón el imperioso mandato de amar y tener hijos con Gomer, la prostituta de Jerusalem.

La mujer de Samaria en el evangelio de Juan, no fue exactamente una prostituta, si bien andaba en muy buen camino para llegar a serlo con éxito, entre su confusión de no saber lo que realmente buscaba, su desorientado desconcierto ante el efecto que causaba

en los hombres su insolente y casi insultante atractivo de hembra joven; y sentirse atrapada, sin salida, entre los innumerables laberintos sin fin del sexo enloquecido.

Ese medio día en particular, caluroso, seco y polvoriento, en el pueblo de Sicar en Samaria, al salir de su casa, escapándose del tedio y de las moscas para ir en busca de agua al pozo del pueblo, vio a un joven de más o menos treinta años, un poco enjuto, dinámico, de mirada que ponía al descubierto su rápida inteligencia valiente y que, momentáneamente cansado por el duro camino bajo el sol inclemente, estaba sentado junto al pozo. Al verla venir, con su falda al vuelo, sus pulseras y collares sencillos pero brillantes, Jesús de Nazaret, el caminante en reposo, la miró a los ojos y le dijo: «dame un poco de agua».

Ella pudo haber ignorado su pregunta, y seguir haciendo lo suyo; o haberle dado el agua sin decir una palabra. Pero, después de ver al joven y medirle el tamaño y la envergadura de sus brazos fibrosos de carpintero ilustrado, su piel curtida por el sol y la sequedad del aire libre, quiso provocarlo para envolverlo en la lucha invisible de los sentidos afiebrados de la tarde, y contestó directamente mirándolo también de frente: «¿Cómo es que tú, siendo judío, me pides agua a mí, que soy samaritana?». De la historia personal y de los antecedentes específicos de esta mujer, no es del todo descabellado ensayar la interpretación de que este desafío implícito no escondía el planteamiento de un conflicto intelectual político, cívico, teológico, filosófico o lingüístico; sino el refrenado torbellino de una fuerza descontrolada en el hervor de la sangre.

Jesús vio en el silencio de sus ojos muchas cosas detrás de ella: su escondida soledad, su angustia desamparada y su ansiedad reprimida en secreto. Le pudo haber sido fácil anticiparlo todo, con claridad, como Tiresias en el poema de T.S. Eliot «The Fire Sermon»; pudo muy bien haber repetido los versos del «Cantar de los Cantares» de Salomón, y pensar en «la miel que brota de sus labios, y en la miel y leche debajo de su lengua». Pudo también adivinar sus ojos entrecerrados en la entrega («dejando mi cuidado entre las azucenas olvidado» como diría más tarde San Juan de la Cruz) anticipar sus pechos tibios y suaves debajo de la camisa blanca, delgada y fresca; su cintura de palmera, sus muslos entreabiertos, el musgo suave de la parte baja de su vientre, la orquídea íntima, estremecida y húmeda por el rocío del deseo enardecido en la desenfrenada locura de los besos y en el furioso huracán de los orgasmos. Pero, remontándose a otras alturas diferentes, y derribando muros interiores para proyectarse hacia otras profundidades recónditas, le bastó la extraordinaria lucidez de su amor esclarecido, para comprender la frágil contextura oculta, frente a él,



del animal herido de soledad; desorientado y perdido entre la bruma angustiada de las noches interiores; detrás de las bambalinas y de las tramoyas del deseo y las caricias, de la aparente belleza deslumbrante en la oscuridad incandescente de la sangre, en sus «sonidos negros» más profundos; y sólo le dijo: «Todos los que beban de esta agua que tu me des, volverán a tener sed, pero el que beba del agua que yo puedo darle nunca más volverá a sentir sed, porque brotará por dentro de ellos como un manantial para siempre» (Juan 4, 13 y 14). Eso es lo que él tenía y tiene que decirles a todas las (y los) prostitutas pasadas, presentes y futuras del mundo, a las (y los) alegres promiscuas, a las (y los) «call girls», a las (y los) aventureras temporales, valientes sólo para entregar su corazón apenas por una o tres noches, y a todos los otros que buscamos, a veces, el sexo como sólo un sustituto adictivo y sintético de la vida y del amor dolido y doliente, en vez de hundirnos y arder en su fuego inextinguible, hasta agotar las inmensas riquezas de la ceniza cotidiana, y del sorprendente tesoro doméstico y rutinario, que nos tiene que ofrecer cuando tenemos el coraje de recibirlo; bebiéndolos hasta la última e inagotable gota de sus tristezas, amargas y dulces, pero más cercanas de la verdad, y de la intempestiva y valiente alegría del amor ya identificado, así, como el deseo libre y en llamas.

Muchos siglos después de este breve incidente cotidiano en el verano samaritano entre un hombre íntegro y enamorado de verdad, y una mujer insolentemente hermosa y presumiblemente agraciada, un poeta castellano escribió en Avila algo que podría muy bien haberse referido a esta historia, o describir lo que pudo haber pasado entonces, en Sicar de Samaria aquel mediodía caluroso. San Juan de la Cruz anunció en uno de sus versos que: «Ni por gracia ni hermosura nunca yo me perderé, sino por un no sé qué que se alcanza por ventura». Allí es donde está escondida la verdadera intimidad afiebrada del deseo: en la soledad animal de las especies, que es también, el punto de nacimiento del amor verdadero, y la cifra exacta descifrada de la Justicia en serio.

X). El Apóstol Pablo y las más de mil Putas de Corinto: Una base nueva para reformar la Justicia (1 Corintios 13)

«A day in April never came so sweet ...»
William Shakespeare.

Mirar el mar azul de Corinto y, a lo lejos, al otro lado de la bahía, bajo el cielo también azul pero de un tono diferente, distinguir, azulado por la distancia, el monte sagrado del Parnaso, viéndolos desde la tibia perspectiva de los olivares, entre los cerdos y palomas que rodean las ruinas antiguas de la ciudad de Corinto,

ofrece un horizonte interior distinto para el alma. Fue a los habitantes de esta ciudad a quienes el apóstol Pablo escribió dos de sus Epístolas, y entre quienes vivió durante dieciocho meses trabajando en oficios humildes. Corinto, fue en su época micénica, lo que siglos después serían Tiro, Alejandría, Venecia, Londres o Nueva York. Homero menciona ya, que sus riquezas habían financiado parte de los apreciables costos de la guerra de Troya.

Pero, hay, además, una particularidad interesante en Corinto. De la misma manera que la ciudad de Lima está consagrada, y tiene como Patrona a Santa Rosa de Lima, la ciudad de México a la Virgen de Guadalupe, Zaragoza a la del Pilar, y Atenas de la antigüedad a la Diosa Atena o Athena, la ciudad de Corinto estuvo consagrada a la diosa Afrodita, patrona del amor en la forma que lo entendieron cotidianamente sus habitantes de la antigüedad. En su acrópolis, que es la más alta que se haya visto en todo Grecia, y adonde mi mujer y yo llegamos jadeantes, y con gran esfuerzo, después de casi dos horas de ascensión, estaba el templo de Afrodita –hoy reducido a sus cimientos– adonde vivían más de mil prostitutas dedicadas al servicio sagrado de su culto.

Cuando en el siglo primero de nuestra era, llegó el apóstol Pablo con la novedad de una forma distinta de mirar a la vida, despertó tantas controversias como curiosidad; y muchos acudían a escuchar sus ideas, su verbo y su cultura diferentes. A la población de la que podría, por excelencia, haberse llamado la Ciudad del Amor (como después en tiempos más recientes, Venecia, París, Praga, Huánuco, Ica o Pacasmayo), Pablo les dijo: «Yo voy a enseñarles un camino mucho mejor. Si hablo las lenguas de los hombres y aun de los ángeles, pero no tengo amor, no soy más que un metal que resuena o un platillo discordante. Y si hablo de parte de Dios, y entiendo sus propósitos secretos, y sé todas las cosas, y si tengo la fe necesaria para mover montañas, pero no tengo, amor, no soy nada. Y si reparto entre los pobres todo lo que poseo, y aun si entrego mi propio cuerpo para tener de qué enorgullecerme, pero no tengo amor, de nada me sirve».

Hasta aquí, creo que el mensaje de la alocución o la epístola del apóstol es absolutamente compatible con los postulados que podrían haber formulado tanto la propia Afrodita, como sus sacerdotes, sacerdotisas, prostitutas sagradas o sus numerosos devotos. Pero, el resto del inolvidable mensaje o discurso, marcó un tono diferente y un dramático disloque y quiebre total con la cultura popular del amor en la ciudad de Corinto en aquel entonces, porque continuó diciendo:

«Tener amor es saber soportar; es ser bondadoso; es no tener envidia, ni ser presumido, ni orgulloso, ni grosero,

ni egoísta; es no enojarse ni guardar rencor; es no alegrarse de las injusticias, sino de la verdad. Tener amor es sufrirlo todo, creerlo todo, esperarlo todo, soportarlo todo.

El amor jamás dejará de existir. Un día los hombres dejarán de profetizar, y ya no hablarán en lenguas, ni serán necesarios los conocimientos. Porque los conocimientos y la profecía son cosas imperfectas, que llegarán a su fin cuando venga lo que es perfecto.

Cuando yo era niño, hablaba, pensaba y razonaba como un niño; pero al hacerme hombre, dejé atrás lo que era propio de un niño. Ahora vemos de manera borrosa, como en un espejo; pero un día lo veremos todo tal como es en realidad. Mi conocimiento es ahora imperfecto, pero un día lo conoceré todo del mismo modo que Dios me conoce a mí.

Tres cosas hay que son permanentes: la fe, la esperanza y el amor; pero la más importante de las tres es el amor».

Desde ese momento de la historia, y en adelante para nuestra civilización, el Amor fue un fuego diferente, una nueva enseñanza, y otra cultura; ya nunca más ya volvió, ni volverá a ser el mismo que había sido hasta entonces. No es imposible que las putas de Corinto pudieran haber estado escuchando la alocución, escondidas detrás de las columnas de la Stoa. Este amor particular, y esta forma de entenderlo como aventura, desafío, disciplina, y en especial como servicio, es la razón actual de la Justicia, la única base y el solo fundamento aceptable en nuestras leyes; así como en todos los actos públicos en los que el amor se expresa sólo en las medidas estadísticas y contables de un servicio accesible para el habitante común de nuestro tiempo, en el que ya Jesús de Nazaret, atravesando de lado a lado, con sus instintos sensoriales, epidérmicos y sensuales los gruesos volúmenes de la espesa jurisprudencia imperial romana, con las «usucapios» y «mancipatios» incomprensibles; las «do ut des» y «do ut facies» de los juristas inaccesibles, fijó las bases y los criterios de su Justicia a las Naciones, para el final del tiempo (Mateo 25, 31-46), en los términos puramente terrenales, fisiológicos, y estadísticos necesarios para otorgar la salvación o merecer el castigo eterno: «Tuve hambre, y me diste (o no) de comer; tuve sed, y me diste (o no) de beber; tuve frío, y me abrigaste (o no); fui peregrino viajero, y me diste (o no) alojamiento y hospitalidad; estuve enfermo, y me visitaste (o no); estuve en la cárcel y me ofreciste (o no) consuelo». Ésa es la suma completa y total de su Justicia. Ni una coma, ni un punto de más o de menos. Más simple, más claro, y más fácil de entender ¡imposible!

XI. Apunte final sobre indeclinables Genealogías con Putas bíblicas

«Es una gran cosa tener antepasados ilustres, pero el mérito es exclusivamente de ellos».
Citado por Alberto MacLean Urzúa.

En realidad, lo que voy a mencionar no tendría por qué ser una curiosidad para nadie, ni llamar la atención en absoluto, de no ser nuestros desapercibidos prejuicios, nuestras especulaciones sin base y nuestros monstruosos fantasmas interiores. Por lo que respecta a las historias anteriores, el hecho es que entre la numerosa descendencia de Tamar, la primera puta conocida en la historia con nombre propio, y que fue incitada a la prostitución, prácticamente a empellones por el ordenamiento legal en que vivía, se encuentran, de acuerdo a los evangelios, (Mateo 1, 1-16), tanto el famoso rey y poeta David, el autor de los Salmos, 10 generaciones después de ella; su hijo, el sabio Rey Salomón autor del Cantar de los Cantares, de más de mil Proverbios, y probablemente del Eclesiastés; como también –después de 28 generaciones desde David, y de 38 generaciones contadas desde Tamar– el mismísimo Jesús de Nazaret quien, para un tercio de la humanidad es el Mesías, el hijo único de Dios, la Segunda Persona de la Santísima Trinidad, el Salvador de la Humanidad y del Mundo para siempre en la Eternidad. ¡Quién lo hubiera dicho! A este paso, a lo mejor, después de todo, el Camino verdadero, la Verdad y la Vida, no están muy lejos de la Vereda Tropical que canta el bolero de Juan Peso y Gonzalo Ruiz Curiel, en cuyos versos «mis ojos mueren de llorar y mi alma muere de esperar»; igualito a como decía la otra: «vivo sin vivir en mí, y tan alta vida espero, que muero porque no muero».

XII. Conclusión Provisional

“Y, el hombre ¿Dónde estuvo?”

Pablo Neruda.

Creo que ya no cabe duda de que la distancia que existe entre las apariencias, los prejuicios, los casilleros mentales, los estereotipos, los lugares comunes, las frases hechas, los clichés y, de otro lado, las realidades y verdades es, exactamente, la misma que hay entre la dictadura y la libertad, y entre el miedo a la violencia del terror, y la paz: Es decir, casi 70,000 muertos, sólo entre 1980 y el año 2000, sólo en el Perú, y sólo por el momento. ¡Vaya uno a saber! 